

“No, verdaderamente no; Él solamente puede librarlo de muchos como de un pecado; y usted necesita ir a Él enseguida con todo lo que usted tiene de malo, no importa cuán mucho sea. Si usted no es totalmente un pecador, usted no necesita del todo a Cristo, porque Él es sólo y todo un Salvador; Él no le ayuda a usted para salvarse por sí mismo, ni usted le ayuda para que Él le salve. Él lo hace todo, o nada. Una mitad de salvación hará para los que no están completamente perdidos. ‘Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero’” (1 Pedro 2:24).

Fue algo semejante a lo descrito que Lutero encontró su camino hacia la verdadera paz y libertad en Cristo. La historia de su liberación es una historia instructiva, mostrando como las piedras de tropiezo de su auto-justicia eran removidas por la exhibición completa del evangelio en su gratuidad, como las buenas nuevas del amor de Dios hacia el no amante y no amable, las buenas nuevas del perdón para el pecador, sin mérito y sin dinero, las buenas nuevas de **PAZ CON DIOS**, solamente a través de la propiciación de Él quien hizo paz con la sangre de Su cruz.

Una de las tempranas dificultades de Lutero era que él tenía que traer el arrepentimiento dentro de sí mismo; y habiendo logrado esto, él tenía que llevar este arrepentimiento como una ofrenda de paz o recomendación a Dios. Si este arrepentimiento no puede ser presentado como una recomendación positiva, por lo menos ello podría ser urgente como una petición de mitigación del castigo. “¿Cómo me atrevo creer en el favor de Dios,” dijo él, “mientras no hay en mí una conversión real? Necesito ser cambiado antes que Él me reciba.”

Le fue respondido que la “conversión,” o el “arrepentimiento,” de lo cual él estaba ansioso, nunca puede tomar lugar mientras él consideraba a Dios como un Juez estricto y sin amor. Es la benignidad de Dios que guía al arrepentimiento (Rom. 2:4), y sin el reconocimiento de esta “benignidad” no puede haber blandura de corazón. Un pecador impenitente es uno quien está despreciando las riquezas de Su benignidad y paciencia y longanimidad.

El consejero anciano de Lutero le dijo claramente que él tiene que deshacerse de las penitencias y mortificaciones, y todas esas preparaciones de auto-justicia para asegurar y comprar el favor Divino. Esa voz, nos dice patéticamente Lutero, parece haber venido del cielo: “Todo arrepentimiento comienza con el conocimiento del amor perdonador de Dios.”

Al escuchar él la luz penetra, y una felicidad extraña llena su ser. ¡Nada entre él y su Dios! ¡Nada entre él y el perdón! ¡No benignidad preliminar, o sentimientos preparatorios! Él aprende la lección del Apóstol, “Cristo murió por los impíos” (Rom. 5:6); Dios “justifica al impío” (Rom. 4:5). Todo lo malo dentro de él no puede impedir esta justificación; y toda la benignidad (si tal cosa existe) que está dentro de él no puede asistirle en obtenerla. Él necesita ser recibido como un pecador, o de ninguna otra manera. El perdón que es proferido reconoce solamente su culpa; y la salvación provista en la cruz de Cristo lo reconoce a él como perdido.

Pero el sentido de culpabilidad es muy profundo como para ser silenciado fácilmente.

El temor viene de vuelta otra vez, y él una vez más va con su consejero anciano, clamando, “¡Oh, mi pecado, mi pecado!” como si el mensaje del perdón que él últimamente ha recibido era muy buenas nuevas para ser verdaderas, y como si los pecados como los suyos no podrían ser fácil y simplemente ser perdonados.

“¿Qué! ¿quieres ser un pecador pretendiente, y entonces necesitar sólo un Salvador pretendiente?”

yo no puedo tener uso de ello?” ¡Qué! ¿Quiere usted decir, “Estoy tan fatigado que no puedo sentarme”? Si usted hubiera dicho, “Estoy tan cansado que no puedo permanecer de pie, ni caminar, ni subir,” uno podría comprenderle, pero decir, “Estoy tan cansado que no puedo sentarme,” es simplemente una tontería, o algo peor, porque usted está haciendo un mérito y una obra de su sentarse; usted parece pensar que sentarse es hacer alguna cosa grande que le requerirá un esfuerzo largo y prodigioso.

Escuchemos entonces a las palabras de gracia de nuestro Señor: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva” (Juan 4:10). ¡Tú le pedirías, y Él te hubiera dado! Eso es todo. ¡Cuán real, cuán cierto, cuán gratuito; y aún cuán simple! O escuchemos a la voz del siervo en la persona de Lutero: “Oh, mi querido hermano, aprenda a conocer a Cristo y a Él crucificado. Aprenda a cantar un himno nuevo; a desesperarse de la obra previa, y a clamar a Él, Señor Jesús, Tú eres mi justicia, y yo me encuentro en pecado. Tú has tomado sobre Ti lo que era mío, y me diste lo que es Tuyo. Lo que yo era, Tú llegaste a serlo, para que yo pueda ser lo que no era. Cristo mora solamente con los pecadores. Medite frecuentemente sobre este amor de Cristo, y usted saboreará su dulzura.”

Sí, el perdón, la paz, la vida, son todos ellos regalos, regalos Divinos, bajados del cielo por el Hijo de Dios, personalmente presentados a cada pecador necesitado por el Dios el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Ellos no son para ser comprados, pero para ser recibidos; tal como los hombres reciben la luz del sol, completo y seguro y gratuito. Ellos no son ganados o merecidos por esfuerzos o sufrimientos, o oraciones o lágrimas; pero aceptados de una vez como el precio de las obras y sufrimientos del gran Sustituto. No son para ser esperados, pero aceptados en el acto sin vacilación o desconfianza, como los hombres aceptan un regalo de amor de un amigo generoso. Ellos no son para ser reclamados a base de aptitud o benignidad, pero a base de necesidad, de indignidad y de pobreza y carencia.

Horatio Bonar (1808-1889)
CHAPEL LIBRARY
chapellibrary.org

“Dar a Conocer al Mundo
a Aquel que nos Llamo de las Tinieblas a la Luz,
para que toda Lengua Confiese que
Jesucristo Es El Señor para la Gloria de Dios”
Filipenses 2:11



#ElCorderoEsDigno



elcorderoesdigno.com

¿Cómo iré a Dios?



Es con nuestros pecados que nosotros vamos a Dios, porque no tenemos nada más con que ir que con lo que llamamos nuestro. Esta es una de las lecciones que tardamos en aprender; pero sin aprender ésta no podemos tomar un paso correcto en lo que nosotros llamamos una vida religiosa.

Para ver algo bueno en nuestra vida pasada, o para recibir alguna buena cosa ahora, si nosotros encontramos que nuestro pasado no contiene alguna tal cosa, es nuestro primer pensamiento cuando comenzamos a indagar por Dios, que nosotros podamos resolver la gran cuestión entre Él y nosotros, en cuanto al perdón de nuestros pecados.

“En Su favor hay vida”; y estar sin este favor es ser infeliz aquí, y estar privado del gozo venidero. No hay vida merecedora del nombre de vida a menos de la que fluye de Su asegurada amistad. Sin esa amistad, nuestra vida aquí es una carga y un fastidio; pero con esa amistad no tememos mal alguno, y todo dolor es convertido en gozo.

“¿Cómo podré ser feliz?” fue la pregunta de un alma cansada quien ha tratado cien diferentes maneras de felicidad, y siempre ha fracasado.

“Asegúrese del favor de Dios,” fue la pronta respuesta, por uno quien él mismo ha probado que “el Señor es clemente.” “¿No hay otra manera de ser feliz?” “Ninguna, ninguna,” fue la respuesta rápida y decidida.

“El hombre ha estado probando otras maneras por seis mil años, y totalmente ha fracasado, y ¿piensa usted tener posible éxito?”

“No, probablemente no; y no quiero continuar tratando. Pero este favor de Dios parece tal cosa sombría, y Dios mismo tan lejos, que yo no sé que camino tomar.”

“El favor de Dios no es sombría; es real más allá de todas las otras realidades; y Él mismo está más cerca de todos los seres cercanos, como también es accesible así también es clemente.”

“Ese favor del cual usted me habla siempre me ha parecido como una especie de neblina, la cual no puedo comprender.”

“Di mejor que es la luz del sol que la neblina le oculta.”

“Sí, sí, le creo; pero ¿cómo podré atravesar la neblina y llegar hasta el resplandor del sol más allá? ¡Parece ser tan difícil y requiere mucho tiempo!”

“Usted hace esto distante y difícil lo que Dios ha hecho simple y cerca y fácil.”

“¿No hay dificultades, quiere usted decirme?”

“En cierto sentido, miles; en otro sentido, ninguna.” “¿Cómo es eso?”

“¿Puso el Hijo de Dios dificultades en el camino del pecador cuando Él dijo a la multitud, ‘Venid a mí, y os haré descansar?’”

“Ciertamente no; Él quiso decir que ellos de una vez fueran a Él, mientras Él estuvo allí, y mientras ellos estuvieron allí, y Él les daría descanso.”

“Si usted hubiera estado en ese sitio, ¿cuáles dificultades hubiera encontrado usted?”

“Ningunas, ciertamente; hablar de dificultad estando al lado del Hijo de Dios hubiera sido una tontería, o algo peor.”

“¿Sugirió el Hijo de Dios dificultad cuando estaba sentado junto al pozo de Jacob, al lado de la mujer Samaritana? ¿No fue toda dificultad anticipada o removida por estas palabras bellas de Cristo, ‘Tú le pedirías, y él te daría?’”

“Sí, no hay duda; el pedir y el dar era todo. La transacción entera es terminada en el acto. El tiempo y el espacio, la distancia y la dificultad, no tienen que ver nada con el asunto; el dar era seguido por el pedir por supuesto. Hasta aquí todo está claro. Pero yo preguntaría: ¿No hay barrera aquí?”

“No, ninguna, si el Hijo de Dios verdaderamente vino para salvar al perdido; si Él vino por los que son parcialmente perdidos, o quienes parcialmente podían salvarse a sí mismos, la barrera es infinita. Esto lo admito; sí, lo insisto.”

“¿Es el ser perdido, entonces, no es una barrera para que nosotros seamos salvos?”

“Esa es una pregunta tonta, que podría recibir una contestación tonta. ¿Es su estar sediento un impedimento para que usted obtenga agua o su ser pobre es un impedimento para obtener riquezas como un regalo de un amigo?”

“Verdad; es mi sed que me hace apto para el agua y mi pobreza que me hace apto para el oro.”

“¡Ah! sí, el Hijo del Hombre vino no a llamar a los justos pero a los pecadores al arrepentimiento. ¡Si usted no es un pecador total, hay una barrera; si usted es totalmente uno así, no hay ninguna!”

“¿Totalmente un pecador! ¿Es ese verdaderamente mi carácter?”

“Sin duda alguna. Si usted lo duda, acuda y escudriñe su Biblia. El testimonio de Dios es que usted es un pecador total, y usted necesita tratar con Él como tal, porque los sanos no necesitan un médico, pero los que están enfermos.”

“¿Totalmente un pecador, bien! — pero ¿no debería yo desprenderme de algunos de mis pecados antes que pueda esperar la bendición de Él?”

Así le habló su amigo venerable, y luego le agregó, solemnemente, “Sepas que Jesucristo es el Salvador de los pecadores grandes y reales, quienes no merecen nada más que la condenación total.”

“Pero ¿no es Dios soberano en su amor escogido?” dijo Lutero; “quizás yo no sea uno de sus escogidos.”

“Contempla las heridas de Cristo,” fue la respuesta, “y aprende allí la mente clemente de Dios para los hijos de los hombres. En Cristo nosotros leemos el nombre de Dios, y aprendemos quien es Él, y cómo Él ama; el Hijo es el revelador del Padre; y el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo.”

“Creo en el perdón de los pecados,” dijo Lutero a un amigo un día, cuando se encontraba tirado en una cama enfermo; “pero ¿qué es eso para mí?”

“Ah,” dijo su amigo, “¿acaso eso no incluye tus propios pecados? Tú crees en el perdón de los pecados de David, y de los pecados de Pedro, ¿por qué no en los tuyos propios? El perdón es para tí tanto como lo fue para David o Pedro.”

De esta manera Lutero encontró descanso. El evangelio, así creído, trajo libertad y paz. Él sabía que él estaba perdonado porque Dios ha dicho que el perdón era la posesión inmediata y segura de todos quienes creyeran las buenas nuevas.

En la solución de la gran cuestión entre el pecador y Dios, no debe haber ningún regateo ni precio de ninguna clase. La base para la solución fue establecida cientos años atrás; y la transacción poderosa sobre la cruz ha hecho todo que era necesario como un precio. “Consumado es,” es el mensaje de Dios a los hijos de los hombres en su indagación, “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Esta transacción completada invalida todos los esfuerzos del hombre para justificarse a sí mismo, o para asistir a Dios en justificarlo a él. Vemos a Cristo crucificado, y Dios en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, “no tomándeles en cuenta a los hombres sus pecados”; y esta no imputación es el resultado solamente de lo que fue hecho en la cruz, donde la transferencia de la culpa del pecador a la segura fianza Divina fue lograda de una vez y para siempre. Es de esta transacción que el evangelio nos trae las “buenas nuevas,” y cualquiera que las creyere llega a ser partícipe de todos los beneficios que esa transacción ha asegurado.

“Pero, ¿no soy yo deudor a la obra del Espíritu Santo en mi alma?”

“Sin dudas algunas; porque ¿qué esperanza habría para usted sin el Espíritu Todopoderoso, quien vivificó a los muertos?”

“Si es así, ¿no debería entonces esperar Sus impulsos, y habiéndolos recibido, no debería presentar mis sentimientos que Él ha traído en mí como razones porque yo debería ser justificado?”

“No, de ninguna manera. Usted no es justificado por la obra del Espíritu, pero por Cristo solamente; ni son las mociones del Espíritu en usted las bases de su confianza, o las razones para que usted espere el perdón del Juez de todos.”

El Espíritu obra en usted, no para prepararlo para ser justificado, o para hacerlo apto para el favor de Dios, pero para traerlo a la cruz, tal como usted es. Porque la cruz es el único lugar donde Dios obra en misericordia con el transgresor.

Es en la cruz que nosotros nos encontramos con Dios en paz y recibimos Su favor. Allí encontramos no sólo la sangre que limpia, pero la justicia que nos viste y nos hermosea, para que así en adelante nosotros seamos tratados por Dios como si nuestra injusticia haya desaparecido, y la justicia de Su propio Hijo sea realmente nuestra.

Esto es lo que el apóstol llama la justicia “imputada” (Rom. 4:6, 8, 11, 22, 24), o la justicia considerada para nosotros por Dios como que nosotros tenemos derecho a todas las bendiciones que la justicia puede obtener para nosotros. La justicia levantada por nosotros, o puesta en nosotros por otro, nosotros la llamamos infusa, o impartida, o justicia inherente; pero la justicia perteneciente a otro fue considerada para nosotros por Dios como si ella fuera nuestra, nosotros la llamamos justicia imputada. Es acerca de esto que el apóstol habla cuando él dice, “Vestíos del Señor Jesucristo” (Rom. 13:14; Gál. 3:27). De esta manera Cristo nos representa; y Dios nos trata como representados por

Él. La justicia dentro seguirá necesaria e inseparablemente; pero nosotros no tenemos que esperar para recibirla antes de ir a Dios para la justicia de Su unigénito Hijo.

La justicia imputada tiene que venir primero. Usted no puede tener la justicia dentro hasta que tenga la justicia afuera; y para hacer su propia justicia el precio que usted da a Dios por la de Su Hijo, es deshonorar a Cristo, y negar Su cruz. La obra del Espíritu no es para hacernos santos, para que nosotros podamos ser perdonados, pero para mostrarnos la cruz, donde el perdón puede ser hallado por los impíos; para que así habiendo hallado el perdón allí, nosotros podamos comenzar la vida de santidad para la cual hemos sido llamados.

Lo que Dios ofrece al pecador es un perdón inmediato, “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho,” pero por la obra grande de la justicia terminada para nosotros por el Substituto. Nuestra calificación para obtener esa justicia es que nosotros somos injustos, así como la calificación del hombre enfermo para el médico es que él esté enfermo.

De una benignidad previa, preparatoria para el perdón, el evangelio no dice nada. De un estado preliminar de sentimiento religioso como una introducción necesaria hacia la gracia de Dios, los apóstoles nunca hablaron. Los temores, las molestias, las exámenes personales, los clamores amargos por clemencia, los presentimientos de juicio, y las resoluciones para enmendar, pueden, en un tiempo, haber precedido la recepción del pecador de las buenas nuevas; pero ellas no constituyen su aptitud, ni resultan en su calificación. Él hubiera sido tan bienvenido sin ellas. Ellas no hicieron el perdón más completo, más clemente, o más gratuito. Las necesidades del pecador eran todos sus argumentos: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Él necesitaba la salvación, y él fue con Dios por ella, y la recibió sin mérito y dinero. “Cuando él no tenía NADA PARA PAGAR, Dios francamente le perdonó.” Fue el no tener nada para pagar que extrajo el perdón franco.

Ah, ésta es gracia, “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros!” Él nos amó, aun cuando estábamos muertos en pecados. Él nos amó, no porque éramos ricos en benignidad, pero porque Él era “rico en misericordia”; no porque éramos dignos de Su favor, pero porque Él se deleitó en su amor y ternura. Su bienvenida de nosotros viene de Su gracia, no de nuestra amabilidad. “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” ¡Cristo invita a los cansados! Es este cansancio que lo hace a usted apto para Él, y Él para usted. ¡Aquí está el cansancio, allí está el lugar de reposo! Están uno al lado de otro. ¿Dice usted, “Ese lugar de reposo no es para mí?” ¡Qué! ¿No lo es para los cansados? ¿Dice usted, “Pero